

Docentes extraordinarios



Hace mucho tiempo que se habla de los docentes extraordinarios. Sin duda hay bastante interés al respecto. Muchos profesores se preocupan por ser excelentes docentes o por cómo dejar huella en sus alumnos. Como estudiante y futura docente, quisiera dar mi testimonio. A muchos educadores nos interesa saber lo que se piensa al respecto desde un contexto externo o, en este caso, desde el punto de vista de un estudiante.

Soy Thamara, tengo 22 años, estudio Educación y Psicología en la USFQ. Soy de Santo Domingo, pero debido a mi carrera vivo en Quito. Desde pequeña he sido muy independiente, por lo que me sentí capaz de estudiar lejos del calor de hogar. Crecí en un

contexto social en el que es mal recibido pedir ayuda o necesitar de alguien, ya que se lo considera como una molestia o, peor aún, como una falta de respeto. Entonces crecí buscando formas de arreglar mis asuntos por mí misma y de no molestar a los demás. Sin embargo, todo eso cambió cuando comencé a vivir en Quito. Los problemas emocionales empezaron a tener forma, se manifestaron y pidieron a gritos ¡auxilio!

Mi participación en clases disminuyó totalmente, y me daba igual si participaba o no. Hasta que dos grandes profesoras fueron capaces de ir más allá.

Era una persona bromista y carismática. Para mí era muy fácil motivarme, no dejar que los comentarios negativos me afectaran. Tenía una percepción y una visión de la vida muy positivas, esperanzadoras, alegres, así como muchos sueños por cumplir. Pero todo eso cambió cuando surgieron los problemas de convivencia con mi familia anfitriona en Quito.

Poco a poco, los choques familiares se fueron manifestando y los problemas personales, agudizando. La adaptación al nivel académico y cultural me atormentaba, y el recuerdo de mi familia nuclear y de no saber qué pasaba con ellos me entristecía. En fin, hubo un momento en que todo esto se unió y ya no supe qué hacer. Al final, lo único claro para mí era que debía enfocarme en mi vida universitaria y nada más.

No obstante, con el pasar de los meses y los años, todo eso empezó a adquirir mayor forma y a dejar sus secuelas. Los problemas personales se agravaban y yo seguía evadiéndolos. Trataba de consolarme diciéndome que todo iría a pasar. Transcurrieron meses y años, hasta que a finales de 2020 tuve una de mis peores recaídas.

Toda mi motivación por luchar por mis sueños, por seguir creyendo que podía sola, por salir adelante, por un mejor día, decayó. La mayor parte del tiempo pasaba triste, con pensamientos negativos, desesperanzadores, frustrantes; no quería saber nada

de la universidad o de mi vida en general. Por ende, mi participación en clases disminuyó totalmente, y me daba igual si participaba o no. Hasta que dos grandes profesoras fueron capaces de ir más allá.

En todo mi historial universitario he tenido profesores que han sido excelentes enseñando. Han sido muy responsables, que han utilizado lo más innovador en metodologías, en hacer de sus clases una experiencia diferente y revolucionaria. Creo que parte de ser un excelente profesional es estar en constante mejora. Pero algo que hace que un docente pase de ser excelente a extraordinario es justamente rebasar los límites de lo ordinario.

Los docentes debemos estar siempre actualizándonos en nuevos conocimientos, estar siempre a la vanguardia en temas relacionados con la educación, con lo cual suplir las necesidades académicas de los tiempos. Pero lo que muy poco se hace es ir más allá del aula, pasar de ser excelentes ordinarios a ser excelentes extraordinarios. Pasar de lo que debemos hacer como docentes, a lo que elegimos ser.

Y eso fue lo que hicieron estas extraordinarias profesoras. Pedagogas que no solo se enfocaron en ser excelentes enseñando su materia, sino que se aseguraron de que hubiera aprendizaje. Son docentes con una vida propia, con problemas, con una agenda ocupada, con todo un peso detrás por cargar.

Aún así, recordaron que más que profesoras, son el soporte emocional de sus estudiantes. Profesoras que dieron parte de su poco



Algo que hace que un docente pase de ser excelente a extraordinario es justamente rebasar los límites de lo ordinario.

tiempo para escribirme y decirme que estaban preocupadas por mí, que me habían visto diferente últimamente y que si estaba pasando algo. Para mí, esa pequeña pero poderosa acción se transformó en un momento de lágrimas profundo y de decirme a mí misma, ¡ya no más!

Les conté mi situación y se aseguraron de que yo recibiera toda la ayuda necesaria. Ahora llevo cerca de un año en terapia y puedo decir con toda certeza que mi vida dio un giro total. Volví a ser la chica alegre, carismática, con sueños, con una visión de la vida muy esperanzadora, positiva y saludable, con herramientas para sobrellevar mi vida. En consecuencia, me he convertido en una excelente estudiante, con ganas de seguir aprendiendo

diendo a pesar de los errores, que simplemente son experiencias. Por tanto, creo que lo que hace que un docente sea extraordinario o que deje huella en sus estudiantes es que puede ir y ver más allá de lo que ocurre en el aula. Aunque se tengan muchos conocimientos sobre contención emocional y cómo se aplican, es esencial que los docentes sepan que, para nosotros los estudiantes, ellos son muchas veces nuestro único auxilio. Su acción oportuna tiene enormes repercusiones en nuestra vida y hace que nuestra luz siga brillando y lleguemos a ser esos excelentes seres humanos y profesionales, capaces de hacer de este mundo un lugar mejor.

Este testimonio es dedicado para motivar a los docentes a ir más allá de solo ser excelentes enseñando. Y para todos aquellos docentes extraordinarios, especialmente a mis dos maestras Karla Díaz y Valeria Troya. Gracias a ellas fui capaz de continuar con mi vida y de seguir brillando.